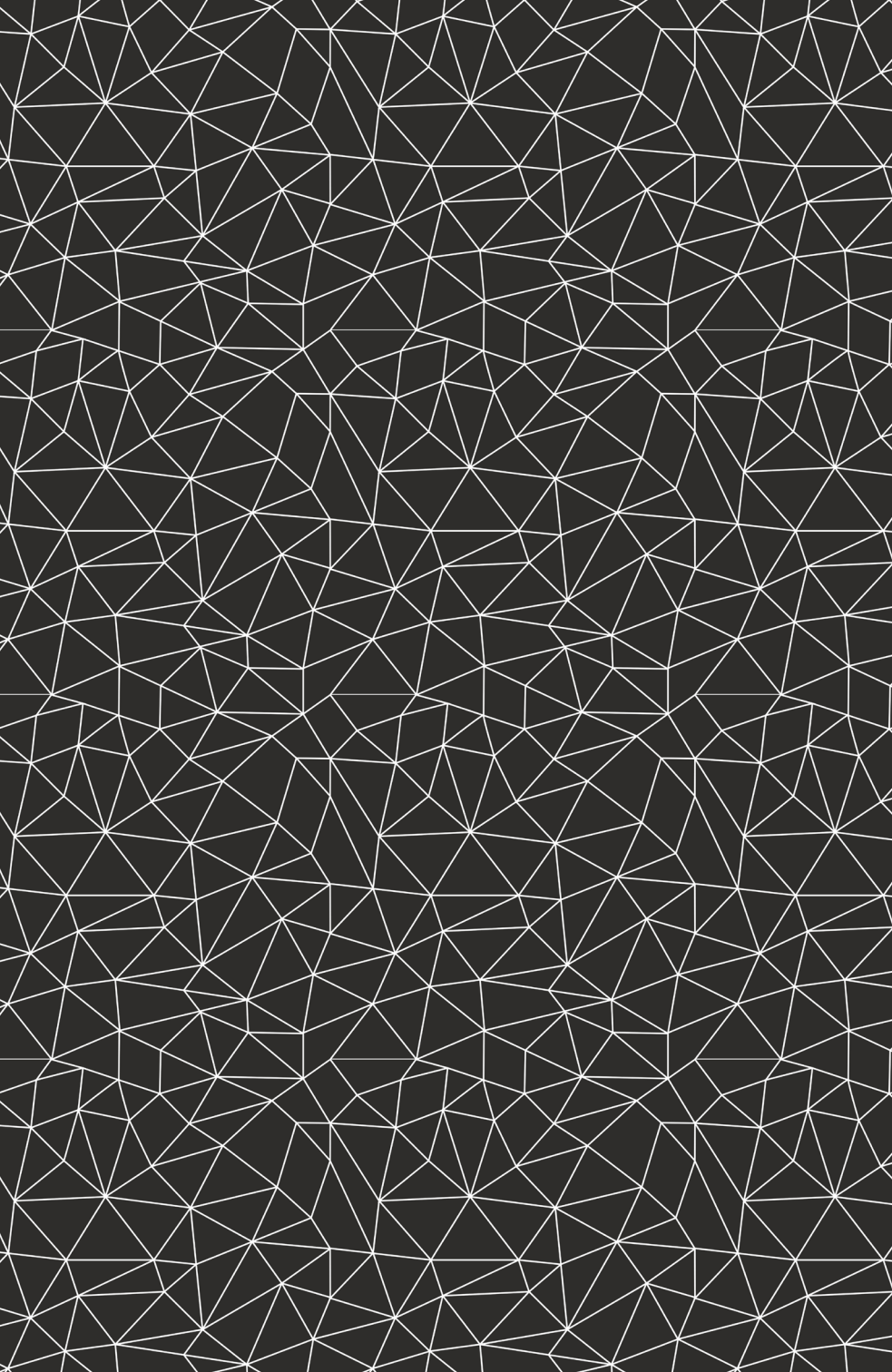





MARTINEZ





**EL 30 DE
FEBRERO
Y OTRAS
CURIOSIDADES
SOBRE LA
MEDICIÓN DEL
TIEMPO**

Olivier
Marchon

Marchon, Olivier. El 30 de febrero : y otras curiosidades sobre la medición del tiempo / Olivier Marchon. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : EGodot Argentina, 2018 128 p. ; 20 x 13 cm. ISBN 978-987-4086-56-3 1. Utilización del Tiempo. 2. Historia Social. I. Caputo, Jorge, trad. II. Título. CDD 306.09

© Editions du Seuil, 2017

Traducción: Jorge Luis Caputo

Corrección: Hernán López Winne

Diseño de tapa e interiores: Víctor Malumián

Ilustración

Juan Pablo Martínez

www.martinezilustracion.com.ar

arte.pablomartinez@gmail.com

Ediciones Godot ©

www.edicionesgodot.com.ar

info@edicionesgodot.com.ar

Buenos Aires, Argentina, 2018

[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)

[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)

[Instagram.com/EdicionesGodot](https://www.instagram.com/EdicionesGodot)

Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes
d'aide à la publication de l'Institut français.

Esta obra cuenta con el apoyo de los Programas de
ayuda a la publicación del Institut français.

Impreso en Porter, Plaza 1202,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
República Argentina, en noviembre de 2018

PRÓLOGO

El tiempo (mejor dicho, su medición) a veces es sorprendente

EN ESTE LIBRO APRENDEREMOS que ciertos años han durado 445, 385 o 251 días, que determinadas fechas han sido suprimidas del calendario, que otras, por el contrario, fueron agregadas, que Francia jamás abandonó la hora impuesta por los alemanes en 1940, que los etíopes festejaron el año 2000 en 2007, que los soviéticos inventaron una semana de cinco días o que el segundo que utilizamos es, de hecho, demasiado breve.

Pero sería un error no ver en este trabajo más que una acumulación de anécdotas: reunidas, todas esas pequeñas historias tejen la historia más global de la manera en la que los hombres han concebido sus instrumentos de medición del tiempo, la difícil búsqueda del calendario “ideal”, el proceso que ha llevado a la armonización de las costumbres en materia de punto de origen o de cambio de milésimas, la de los sistemas horarios; los diferentes relatos de tentativas de instauración de sistemas

alternativos de medición del tiempo. Más allá de todas esas anécdotas, se podrá constatar también que la ciencia de la medición del tiempo no ha dejado nunca de alejarse de la observación de los astros para acercarse cada vez más a las matemáticas y que, simultáneamente, el hombre ha desviado su mirada del cielo para confiarse solo a la técnica de la relojería y, luego, a la informática... y recordarnos, en caso de que hiciera falta, que el hombre ha salido de su estado de naturaleza.

Desde ya, la historia de la medición del tiempo que así presento queda incompleta. En principio, porque no se exponen aquí todas sus sutilezas y circunvoluciones: de otro modo, la obra se habría transformado en un abstruso libro técnico. Además, y sobre todo, porque me focalizo en la manera en que Occidente (que confundo a veces, un poco abusivamente, con el espacio cristiano) ha procedido en este campo. No hay, en consecuencia, ninguna presencia de historias relacionadas con la manera en que los babilonios, los chinos, los árabes, los tailandeses o incluso los hebreos han concebido o conciben su medición del tiempo. Pues lo que me interesa, en el fondo, son los pequeños granos de arena en el mecanismo bien aceitado del sistema de medición del tiempo dominante. Porque es un hecho: Occidente ha tenido éxito en imponer al mundo su manera de medir los años, los días y las horas.

Esos pequeños momentos en los que “el tiempo enloquece” permiten descubrir el carácter artificial y puramente convencional de las herramientas que utilizamos para su medición, ofreciendo al pasar la posibilidad de interrogarse sobre el tiempo mismo. La medición del tiempo es, en efecto, como un barniz tranquilizador: cuando se rasga, el tiempo se nos aparece desnudo y

no podemos evitar hacernos preguntas más esenciales. Nombrar el tiempo, contarlo, brinda la ilusión de que lo controlamos y permite tal vez ahorrarnos la pregunta angustiante de su esencia. No es pues un azar si la medición del tiempo ha sido siempre un desafío. Ya se trate de sacerdotes romanos, papas o reyes, ya se llamen Julio César, Gregorio XIII, Robespierre o Stalin, la lista de aquellos que han querido controlar la medición del tiempo es extensa. Y eso porque el tiempo, tanto o más que el espacio, es un objeto político: hay que ocuparlo, poseerlo, para controlar mejor los espíritus.

¿Pero qué es ese tiempo que el hombre busca controlar de tal modo?

Muchas personas se han roto la cabeza con esta pregunta. Yo no me atrevo a hacerlo. A este respecto, sin embargo, tengo la sensación de que el célebre pasaje de las *Confesiones* del filósofo-eclesiástico San Agustín ofrece, desde hace mucho tiempo, una conclusión definitiva: “¿Qué es el tiempo? ¿Quién podría dar, con sencillez y brevedad, una explicación? Si nadie me lo pregunta, lo sé; si alguien me plantea la pregunta y quiero explicarlo, ya no lo sé”. Y, a comienzos del siglo XX, el astrónomo Camille Flammarion completaba: “El tiempo es el elemento más misterioso, el más difícil de concebir para el espíritu humano. Es imposible dar una definición de él. Es el reloj marchando en soledad”.

Más que hablar de la soledad, he preferido pues hablar del reloj. Pero, al hablar del reloj, al revelar sus mecanismos, acaso brinde también la posibilidad, a cada uno, de percibir el tiempo más allá de su medición y descubrir esa soledad.

1. QUINCE SON MULTITUD

El año de 445 días y el nacimiento del calendario juliano

EN LA HISTORIA EXISTE “el día más largo” pero también el año más largo. Y si, en el primer caso, se trata de una imagen para referir a un muy difícil desembarco en Normandía el 6 de junio de 1944, el segundo reenvía a una realidad: ¡el año 46 a. C. duró en efecto 15 meses, o sea 445 días, 80 más que un año “normal” de 365 días!

Ese año un tanto particular es conocido por los historiadores bajo el nombre de “año de la confusión”. Una confusión que se comprende fácilmente: imagine-mos que nuestros años tienen 445 días. Surgirían entonces numerosas preguntas fundamentales: ¿habrá más feriados? ¿Cuándo hay que pagar la segunda cuota de los impuestos? ¿El decimotercer mes se convertirá en el decimosexto?

¿Qué ocurrió para que se decidiera perturbar así la vida de millones de ciudadanos romanos? Porque, para ser precisos, fue en Roma donde se utilizó este curioso

año. Y el asunto no sería tan interesante si no fuera de una importancia capital para nuestras vidas actuales: el año de la confusión marca en efecto el advenimiento del calendario juliano, que utilizamos (con algunas escasas modificaciones) incluso hoy.

Desde su fundación, en el 708 a. C., Roma vio sucederse varios calendarios. A partir del siglo V antes de nuestra era, se utiliza un calendario llamado “republicano”, que comprende doce meses lunares en el siguiente orden: *martius, aprilis, maius, iunius, quintilis, sextilis, september, october, november, december, ianuarius* y *februarius*, es decir, dejando de lado la traducción, casi los meses que usamos hoy¹. Pero, en ese entonces, los doce meses del calendario republicano tienen 31 o 29 días (salvo febrero con 28 días), y el conjunto no dura más que 355 días. Desde luego, con 355 días en el año, o sea 10 días menos que el año solar y el ciclo completo de las estaciones, de pronto nos encontramos, al cabo de algunos años, con un mes de julio en pleno invierno. Para evitarlo, los romanos pusieron también en práctica un sistema de compensación: cada dos años, un mes “intercalar” de 27 días, denominado *mercedonius*, se agrega al calendario. ¡Pero 27 días son demasiados! Así pues, en los años con meses intercalares, el mes de febrero no dura más que 23 o 24 días, en alternancia. Si les parece que es muy complicado —la continuación de la historia les dará la razón—, retengan simplemente que los años del calendario romano republicano tienen 355 días cada dos años, y 377 o 378 días los otros años.

1 Y, con un año que comienza en marzo, se puede constatar que septiembre, octubre, noviembre y diciembre son respectivamente el séptimo, octavo, noveno y décimo mes del año, como las etimologías de sus nombres lo sugieren.

Sin embargo, las reglas de alternancia de los años largos y cortos no eran suficientemente restrictivas: al ser responsabilidad de los sacerdotes de la religión romana, los pontífices, añadir el mes en cuestión, ese mes intercalar fue muchas veces agregado o sustraído para, por ejemplo, recortar la duración del reino de un soberano deshonrado o, a la inversa, mantener abusivamente en el poder a un aliado. Pero, a veces, ese decimotercer mes fue simplemente olvidado: Julio César, que ocupaba también la función de pontífice máximo², omitió sistemáticamente el añadido del mes intercalar entre el 51 y el 47 a. C., ocupado como estaba por la guerra civil que lo enfrentaba con los partidarios de su rival Pompeyo. Y a mediados del siglo I a. C., la situación era exactamente la que se había querido evitar: se sembraba durante los meses de verano y se cosechaba en noviembre. Imaginen un mundo en el cual la fiesta del *Beaujolais nouveau* tuviera lugar en febrero y en el que nos fuéramos a esquiar en junio. Sería todo un galimatías.

Ante este hecho, Julio César decide reformar el sistema. Aprovecha su estadía en Egipto para, además de guerrear contra Ptolomeo y hacerle la corte a Cleopatra, encargar a un astrónomo de Alejandría, el célebre Sosígenes, la concepción de un nuevo calendario.

La elección de un egipcio no es para nada azarosa pues, en materia de medición del tiempo, los egipcios verdaderamente fueron unos iluminados: en efecto, fueron los primeros en haber puesto a punto un calendario solar, mientras que la mayoría de los pueblos de la época todavía confiaban en los ciclos lunares para ordenar los días. Y el cálculo que los adoradores de Ra habían

² Julio César había sido elegido *Pontifex Maximus* (pontífice máximo) en el 63 a. C.

hecho de la duración de un año solar es por entonces el más preciso jamás efectuado. Sosígenes el egipcio sabe que un año solar dura 365 días y un cuarto y propone a Julio César adaptar el calendario romano de 355 días a esta realidad. Su recomendación es repartir diez días más al final de los meses ya existentes y añadir cada cuatro años un día al calendario para compensar el cuarto de día anual suplementario. El nuevo calendario instaurado finalmente por César tendrá así unos meses de una duración similar a los nuestros y *februarius*, mes de 28 días, tendrá un día más cada cuatro años. Además, César decide que el año comenzará no ya en marzo sino el primero de enero, fecha tradicional de entrada en funciones de los cónsules electos de Roma.

Estamos entonces en el 46 a. C. y Julio César impone su nuevo calendario. Pero también debe asegurar la transición con la situación caótica dejada por el calendario republicano. En efecto, es necesario calar los días del nuevo calendario de manera de coincidir con el uso según el cual los equinoccios tienen lugar el 25 de marzo y el 25 de septiembre y no sembrar ya en verano para cosechar en noviembre. Para que el primer día del primer año del nuevo calendario caiga en el lugar adecuado, Julio César se ve obligado a agregar al año en curso tres meses intercalares. Por lo que el año 46 a. C., año de la confusión, durará 445 días. Y el año siguiente, el 45 a. C., será el primero en seguir el nuevo calendario, que la historia llamará “juliano”, en referencia a su creador.

Pequeño paréntesis sobre el día suplementario de febrero: ¿sabían que, al comienzo de la reforma, ese día estaba colocado justo antes del 24 de febrero y que estaba numerado “23 bis”? Es por esa razón que los años en cuestión son denominados “bisiestos”: comprenden

dos veces (*bis*) el sexto día (*sextil*) antes del primero de marzo... Lo admito, es un poco retorcido, y es quizás justamente por ese motivo que el uso del 23 bis del mes de febrero se perdió con el tiempo, para ser reemplazado por un 29 de febrero.

Algunos años después del advenimiento del calendario juliano, los meses de *quintilus* y *sextilus* serán desbautizados para ser renombrados *iulius* (julio) y *augustus* (agosto) en homenaje a Julio César y a Augusto, primer emperador romano. El calendario juliano tomaba entonces su forma definitiva: es, a grandes rasgos, el que utilizamos todavía hoy. Pues, evidentemente, el calendario juliano demostró ser también imperfecto y, en consecuencia, debió cambiar un poco. Tal será el objeto de la reforma del papa Gregorio XIII en el siglo XVI... pero esa es otra historia³.

Este cambio de calendario es importante en más de un sentido. Marca el momento en el que Roma trueca definitivamente su arcaico calendario semi-lunar por un calendario solar mucho más preciso, indispensable a toda civilización que quiere progresar. Y, dado que está basado en una realidad objetiva, la del curso del Sol, el nacimiento del calendario juliano marca también el momento en el que los religiosos pierden el control sobre su estructura, abandonando al pasar una parte de su poder de manipulación del tiempo. Es un paso hacia la preeminencia del hecho científico sobre toda otra consideración. Por estas dos razones, este giro es un gigantesco paso hacia la modernidad.

3 Ver capítulo 4, pp. 33-39.

2. ¿QUÉ ERA ES?

Las diferentes eras utilizadas en el curso de la historia reciente

EN QUÉ AÑO ESTAREMOS el año próximo? Esta pregunta, aparentemente estúpida, no siempre careció de fundamento. En España, 1384 siguió a 1421, en Portugal se pasó de 1460 a 1422, y en Rusia, el año 1700 sucedió a un sorprendente... ¡7208! Y esto no a causa de máquinas para volver en el tiempo, como la de H. G. Wells, sino por cambios de referencias temporales. En otras palabras: Portugal, España⁴ o Rusia, en su momento, han cambiado de era.

Elegir una era es elegir una fecha para, justamente, comenzar esa era. La era que utilizamos hoy es la era cristiana, cuyo punto de partida es el año del nacimiento de Jesucristo. Pero este modo de ordenar la cronología no se impuso sino hasta muy tarde en la historia. En efecto, hubo que esperar hasta el final del siglo XVII para que su utilización se impusiera prácticamente en todas partes en el mundo cristiano. El caso español, el

4 En realidad, el Reino de Castilla y León.

portugués y el ruso son la prueba de ello: si cada uno de esos países realizó un curioso salto en el tiempo es porque lo adoptaron tardíamente.

Así pues, ¿de qué era se trataba antes de que la era cristiana triunfara? En realidad, en todas partes se utilizaban múltiples referencias, de manera un poco anárquica. Cada rey, cada noble pero también cada secretario o erudito religioso podía, en efecto, según el lugar, la época, su función, sus conocimientos e incluso, probablemente, según su humor, contar los años de acuerdo con referencias muy diversas, como el ciclo de los impuestos de propiedad (las “indicaciones”), la fundación de Roma, las fechas de Pascua, la era de Diocleciano, los eclipses de Luna, el comienzo del reino del papa de la época o el del soberano de la región. Un rey o un señor, si era poderoso, podía eventualmente imponer la era que había adoptado. Por lo menos a su administración. No siempre a su pueblo. Incluso menos al clero.

Para comprender mejor este entrelazado de épocas, eras y referencias, alcanza con consultar los cinco tomos de cronologías y tablas de correspondencias que tres monjes benedictinos de la congregación de Saint-Maur —una orden monástica conocida por la erudición de sus miembros— tuvieron la buena idea de publicar en 1750 bajo este título completo: *El arte de verificar las fechas o hechos históricos de las cartas, crónicas y antiguos monumentos desde el nacimiento de Jesucristo, por medio de una tabla cronológica, en los que se encuentran los años de Jesucristo y de la Era de España, las Indicaciones, el ciclo pascual, las Pascuas de cada año, los ciclos solares y lunares. Con un calendario perpetuo, la historia abreviada de los concilios, los papas, los emperadores romanos, griegos, franceses, alemanes y*

turcos; de los reyes de Francia, España e Inglaterra, de Escocia, Lombardía, Sicilia, Jerusalén, etc., de los duques de Borgoña, Normandía, Bretaña; de los Condes de Toulouse, Champagne y Blois, por religiosos benedictinos de la congregación de Saint-Maur.

Este título, que ninguna persona normalmente constituida puede leer de un tirón sin respirar, revela por sí mismo el increíble embrollo temporal en el que el mundo occidental cristiano —e incluso más allá— ha vivido durante tanto tiempo. Es fácil imaginar que esta heterogeneidad de referencias de todo tipo, que atiborran los documentos históricos que llegaron hasta nosotros, complica enormemente el trabajo de los historiadores.

Así, antes de pasar a la era cristiana, portugueses y españoles vivían en la “era de España”, que comienza treinta y ocho años antes del nacimiento de Jesucristo y que habría sido inventada por el emperador romano Octavio⁵ con el fin de marcar su poder sobre la península. En Rusia, fue utilizada durante mucho tiempo la era conocida como “de Constantinopla”: tomando como punto de partida la fecha supuesta de la creación del mundo, 5509 años antes del nacimiento de Jesucristo, la era de Constantinopla permitió a Rusia conocer años dignos de la ciencia ficción: cuando Pedro el Grande fue coronado, Rusia estaba en el año... ¡7191!

Si es totalmente comprensible que el mundo no hubiera basculado hacia la era cristiana al día siguiente del nacimiento del Divino Niño, ni siquiera incluso antes del 380, año en el que el cristianismo se convirtió en la religión oficial de un Imperio Romano que dominaba Europa y la cuenca mediterránea, podemos preguntarnos

5 La era de España se denomina también, a veces, era de César.

legítimamente por qué hubo que esperar más de un milenio para que el hecho de contar los años a partir del nacimiento de Jesucristo se volviera una evidencia.

No es sino hasta el siglo VI que surge por primera vez la idea de tomar la llegada de Jesucristo como punto de partida de datación. Y es a Dionisio el Exiguo, un erudito religioso de Escitia (actual Rumania) que debemos esta pequeña revolución. Por ese entonces, las autoridades eclesiásticas habían encargado al monje que calculara las futuras fechas de Pascua, que dependen de las fases de la Luna. Pero en esos tiempos de antaño, la Iglesia utilizaba mucho la era de Diocleciano, que presentaba de todos modos el problema de tener como origen el comienzo del reino de un emperador romano, Diocleciano, célebre por haber llevado adelante la campaña de represión contra los cristianos más grande de la historia. Por esa razón, Dionisio el Exiguo decide romper con la tradición. Tras haber concluido sus cálculos, anuncia en la introducción a su trabajo: “Nos hemos resistido a infectar nuestra memoria con la de un impío y un persecutor, y hemos preferido contar a partir de la encarnación de Nuestro Señor”. Sus numerosas investigaciones llevaron así a Dionisio el Exiguo a fijar el nacimiento de Jesucristo 283 años antes del comienzo del reino de Diocleciano. Al proporcionar todas sus fechas de Pascua en relación con este nuevo hito, Dionisio el Exiguo acabó por inventar la era cristiana, también conocida bajo los nombres de “era de la Encarnación”, “era de la Redención”, o incluso “era común”. A veces, la llamamos también simplemente “nuestra era”.

Sin embargo, esta invención revolucionaria no se impone inmediatamente. Nadie en la época, ni siquiera

el papa, comprende que sería evidente, para todo cristiano, contar los años a partir del nacimiento del Salvador.

No. Pues la verdadera obsesión de las autoridades religiosas de la época era, antes que nada, no equivocarse al determinar la fecha de las Pascuas, que era desde hacía mucho la fiesta más importante de la cristiandad. Encontrar una única referencia de tiempo no era pues una prioridad. Puede entenderse: la idea de la armonización de las fechas es en realidad una idea moderna, del mismo orden que la que presidió, mucho más tarde, la armonización de los sistemas de medidas y la instauración del sistema métrico.

Así, lejos de revolucionar la manera de medir el tiempo que pasa, la idea de Dionisio el Exiguo permaneció, justamente, en estado de idea. Y solo su tabla de cálculo de la fecha de Pascuas guardó el rastro. Al menos en un primer momento...

En efecto, poco a poco, el sistema de datación de la era cristiana se impone. En 731, un tal Beda el Venerable lo utiliza en su obra *Historia eclesiástica del pueblo de los anglos*. Poco después, en 800, Carlomagno lo instaaura en su imperio. En 878, el Papa recurre a él en una de sus bulas. Más tarde, en 967, el rey de Francia Lotario hace obligatorio su uso en todas las actas de su cancillería. Finalmente, a partir del siglo XII, se convierte en la referencia en los ámbitos letrados y en las administraciones de los países cristianos antes de generalizarse en un uso común (nacimientos, bautismos, casamientos...). España y Portugal son pues los últimos países católicos en adoptarlo en 1384 y 1422, antes que Rusia, el último en la Europa cristiana. El zar Pedro el Grande decide en efecto que al 31 de diciembre de 7208 de la era de

Constantinopla sucederá el 1 de enero de 1700 de la era cristiana.

Por una combinación de pequeñas y grandes decisiones, sin concertación, la era cristiana terminó pues por imponerse en el mundo cristiano, dejando tras de sí algunos centenares de años de caos cronológico que los historiadores se esfuerzan por desenmarañar todavía hoy. Porque es a los historiadores contemporáneos a quienes debemos la armonización de las fechas de la historia. Mediante agudos cálculos y no menos agudos cotejos, en particular con la ayuda de *El arte de verificar las fechas*, etc. (los más resistentes de los lectores pueden reponer aquí el título completo), nuestros historiadores han podido normalizar las fechas de la historia en el sistema de referencia de nuestra era. ¡Lo que quiere decir que una buena parte de los acontecimientos históricos que nos son familiares no han sido vividos por sus contemporáneos en las fechas que conocemos! No hay problema para acontecimientos como Marignan en 1515 o la Revolución Francesa de 1789, pues la era cristiana estaba en esas épocas en vigor desde hacía mucho tiempo. En cambio, un acontecimiento como la caída de Roma ciertamente no fue vivido por los romanos en el 476.

Con el tiempo, la era cristiana se instaló sólidamente. Sin embargo, hubo al menos dos intentos de reemplazarla de manera radical: primero en Francia, donde se probó sustituirla por una era de la Libertad, cuyo comienzo se fijaba en 1789, y en la Unión Soviética después, donde la era de la Revolución, iniciada en 1917, por poco prevalece sobre ella. Pero las dos experiencias se revelaron infructuosas, demostrando por eso mismo el profundo anclaje del uso de la era cristiana en las conciencias. Hoy en día, su uso se ha exportado incluso

más allá del mundo cristiano, para convertirse en la referencia común de todos los países del globo. Valga como prueba el increíble entusiasmo por el comienzo del año 2000, festejado tanto en Santiago como en Pekín, Nueva Delhi o Dubai.

Actualmente, el cuestionamiento de la era cristiana nos viene de aquellos mismos que la pusieron en marcha. Hoy se sabe en efecto que Dionisio el Exiguo se equivocó al calcular el año de nacimiento de Jesucristo, y que este acontecimiento ocurrió cuatro, seis o siete años —los historiadores dudan— antes del año “1”, punto de partida de la era cristiana. Una realidad que el mismo Joseph Ratzinger, el papa Benedicto XVI, admitió en su libro *Jesús de Nazareth*, aparecido en 2012.

¿Eso significa que todas las fechas que conocemos son falsas? ¿Entonces qué? ¿La batalla de Marignan no habría ocurrido en 1515?

3. DEMASIADOS ESTILOS ARRUIAN EL ESTILO

Las diferentes formas del cambio de año en la historia

EN INGLATERRA, EN LA magnífica Catedral de Salisbury, se encuentra una piedra sepulcral cuya inscripción es por lo menos extraña: “Reposa aquí el cuerpo de Thomas, hijo de Thomas Lambert, que nació el 13 de mayo del año del Señor 1683 y murió el 19 de febrero del mismo año⁶”. En Inglaterra, a fines del siglo XVII, parece que alguien murió antes de nacer.

¿El difunto estaba poseído? ¿Se había inventado la máquina del tiempo? ¿El grabador de piedras a cargo de la inscripción estaba borracho? Nada de eso. Si las fechas de nacimiento y muerte del hijo de Thomas Lambert parecen invertidas, es simplemente porque, en la Inglaterra de la época, se utilizaba el “estilo de la Anunciación”.

El estilo de la Anunciación no es una manera de vestirse como el Arcángel Gabriel o la Virgen María en el momento en que uno anuncia a la otra el

⁶ HSE [*Hic Sepultus Est*] *The body of Tho. the sonn of Tho. Lambert Gent who was borne May 13 Y 1683 & dyed Feb 19 the same year.*

futuro nacimiento del niño Jesucristo. No, el estilo de la Anunciación es una manera de contar los años considerando que el día de Año Nuevo es el 25 de marzo⁷ y no —lo recuerdo para los despistados— el 1 de enero como hoy en día. Así pues, del otro lado del Canal de la Mancha, el año 1683 comenzó el 25 de marzo. Thomas Lambert nació el 13 de mayo que siguió. Murió nueve meses más tarde, el 19 de febrero. Y el año 1683 se completó 365 días después de su comienzo, es decir el 24 de marzo (¿me siguen?). Thomas, hijo de Thomas Lambert, murió pues en el mismo año que lo vio nacer. Y, aun cuando la muerte de esta criatura es triste y lamentable, no tiene nada de extraña.

A decir verdad, este estilo de Anunciación utilizado en Inglaterra es solo uno de los múltiples “estilos de milésima” en uso en los países que empleaban el calendario cristiano. Por extensión, un estilo de milésima es una manera de contar los años a partir de una fecha elegida en el calendario.

Sin embargo, con la puesta en marcha del calendario juliano, Julio César había fijado el 1 de enero como comienzo del año, para hacerlo coincidir con la fecha tradicional de toma de funciones de los cónsules romanos. Pero el progreso de la religión cristiana iba a cambiar la situación: parece que otro Julio, un papa del siglo IV, decidió fijar el 25 de diciembre como fecha de nacimiento de Jesucristo, y establecer esa fecha para cambiar de año. En el estilo de Navidad, el día que sigue al 24 de diciembre de un año dado es pues el 25 de diciembre del año siguiente, y es necesario esperar el próximo 25 de diciembre para cambiar otra vez de año. Malas noticias

⁷ Los más perspicaces seguro habrán adivinado que el 25 de marzo es la fecha de la fiesta cristiana de la Anunciación.

para los juerguistas: dos celebraciones el mismo día implican dos oportunidades menos para festejar.

No se sabe bien qué pasó después, solo que, luego del año 1000, las costumbres eran ya muy diferentes. En Inglaterra, durante el siglo XI, se adoptó el estilo de la Anunciación. En Francia, durante el siglo XII, en los escritos de la cancillería del rey se utiliza a veces el estilo de invierno (año nuevo el 21 de diciembre), a veces el estilo de primavera (año nuevo el 21 de marzo) o el estilo de la Anunciación. Luego, en el siglo XIII, esta misma cancillería opta finalmente por el estilo de Pascuas, con un cambio de año el día de Pascuas que es, recordémoslo, una fecha cambiante. Antes del siglo XV, en los reinos de Aragón, Castilla y Portugal se utiliza un estilo de la circuncisión (de hecho, el mismo que el del 1 de enero) antes de volver todos, a fines del siglo XV, al estilo de Navidad. En la misma época, Rusia trueca su estilo del 1 de marzo, en vigor desde hacía mucho tiempo, por un estilo del 1 de septiembre, que fue también el del Imperio Bizantino... En Europa, solo el Santo Imperio Romano Germánico mantuvo desde el principio el buen y viejo estilo de Navidad.

Vale aclarar que solo estamos hablando aquí de los estilos “oficiales” utilizados en las administraciones centrales. En realidad, hay numerosas excepciones y sutilezas: por ejemplo en Francia, en los siglos XIII y XIV, mientras que en la corte del rey se considera que el nuevo año comienza en Pascuas, en el obispado de Amiens se festeja el año nuevo el 25 de marzo, se utiliza un estilo de primavera en Blois o incluso un estilo del 1 de abril (no es una broma) en los *capitouls* de Toulouse! Y si observamos todavía con mayor detalle, nos damos cuenta de que cada administración local, cada ciudad, cada

pueblo, incluso cada notario utiliza su propio estilo en sus actos oficiales. En efecto, en esas épocas remotas son las elecciones personales las que imponen los usos: un rey puede perfectamente decidir utilizar un estilo, pero nada impide a un obispo, un secretario o al clérigo del rincón, utilizar otro estilo en sus documentos. Y cuando ese rey, obispo, secretario o clérigo cambia, otros estilos pueden ser utilizados. Como dice la canción: cada uno hace lo que le place.

Esta multitud de usos (que, de hecho, no conocemos en su totalidad) despliega un cuadro de una complicación infernal que, sumado al problema representado por la cuestión del punto de origen de las fechas⁸, transforma definitivamente el trabajo de los historiadores en un rompecabezas chino. Pero es también una verdadera fuente de entretenimiento. Si hacemos los cálculos, nos damos cuenta por ejemplo de que hubo un tiempo en el que se festejaba el año nuevo el 1 de enero en España, el 1 de marzo en Rusia, el día de Pascuas en Francia, el 25 de marzo en Inglaterra, el 1 de abril en Toulouse, el 1 de septiembre en Bizancio y el 25 de diciembre en Alemania. ¡Qué suerte esta vez para los juerguistas: siete festejos diferentes en el año! En Francia, además, el uso del estilo de Pascuas, cuya fecha fluctúa entre el 22 de marzo y el 25 de abril, permitió la creación de años de tamaños variados. A veces 385 días, a veces 350, 352 o 356... En este contexto, algunas fechas plantean un problema: ¿qué día puede ser el 31 de marzo de 1407, sabiendo que el año 1407 comenzó el 27 de marzo (día de Pascuas), terminó 385 días más tarde, el 15 de abril (vísperas del siguiente día de Pascuas) y contiene, en consecuencia, dos 31

8 Ver capítulo 2, pp. 17-23.

de marzo... pero también dos 27 de marzo, dos 28 de marzo, dos 29 de marzo, dos 30 de marzo, así como una doble primera quincena de abril? De esta extrañeza se deriva una cuestión práctica que está en el límite de lo filosófico: aquellos nacidos el 31 de marzo, ¿tienen derecho a festejar dos veces su cumpleaños en 1407?

Felizmente para aquellos que se hacen la pregunta, todo va a cambiar en el siglo XVI. Signo de la construcción y de la consolidación de los Estados, los estilos se uniformizan poco a poco en el seno de los países, los cuales a su vez terminan por armonizarse entre ellos. Venecia es la primera ciudad que, en 1522, adopta el estilo del 1 de enero, pronto seguida por España, Portugal, los Países Bajos, Dinamarca y Suecia. En Francia, Carlos IX firma en 1564 el edicto que hará pasar al país al estilo del 1 de enero. En un documento preparado por el canciller reformista Michel de l'Hospital se menciona, entre otras cosas, que: "Deseamos y ordenamos que en todas las actas, registros, instrumentos, contratos, ordenanzas, edictos, tanto patentes como misivos, y en toda escritura privada, el año comience de ahora en más y sea contado desde el primer día de este mes de enero". Sin embargo, la decisión no entrará en vigor sino hasta el 1 de enero de 1567. En consecuencia, el año 1566, que comenzó el 14 de abril (estilo de Pascuas) y que terminó el 31 de diciembre (estilo del 1 de enero), habrá durado solo ocho meses y diecisiete días, y permanece hasta hoy como el año más corto de la historia de Francia. En 1600, Escocia se pasó al estilo del 1 de enero y, en 1622, el papa Gregorio xv la convierte en la medida obligatoria para todos los países católicos. Inglaterra es la última en entrar: en 1752, la pérfida Albión y todas sus colonias (incluidos los futuros Estados Unidos), que abandonan

en la misma ocasión el calendario juliano por el calendario gregoriano⁹, adoptan también el estilo del 1 de enero en reemplazo del estilo del 25 de marzo, avalando así una costumbre popular en uso desde el siglo XIV y que consistía en festejar el año nuevo junto con la fiesta de San Silvestre.

Al adoptar el estilo del 1 de enero, Europa vuelve a encontrar el primer día del año definido por Julio César cuando puso en marcha su calendario juliano¹⁰. La Iglesia cristiana luego recuperó esta fecha por su propia cuenta, haciéndola coincidir con la fecha supuesta de la circuncisión de Jesucristo, para quitarle su carácter pagano.

Hoy en día, el estilo del 1 de enero está sólidamente instalado en todos los países de herencia cristiana. Conjugado con el calendario gregoriano, aprovechándose de la difusión de la cultura occidental, el 1 de enero se transformó en casi todo el mundo en sinónimo de entrada al nuevo año¹¹. Es difícil además pensar en algún acontecimiento que pudiera incitar a alguien a cambiar de estilo, en el futuro. Y únicamente los historiadores paleógrafos, que se sumergen cada día en los documentos de la Edad Media, se ven confrontados hoy a este increíble enredo de estilos.

Sin embargo, el mundo conserva algunos raros indicios de esa época. Además de la tumba del pequeño Thomas Lambert, Inglaterra mantuvo por ejemplo una huella de su antiguo estilo en su calendario fiscal. Antes

⁹ Ver capítulo 5 sobre el pasaje al calendario gregoriano en Inglaterra, pp. 41-44.

¹⁰ Ver capítulo 1 sobre la adopción del calendario juliano, pp. 11-15.

¹¹ Etiopía es justamente un contraejemplo. Ver capítulo 17, pp. 125-128.